

La crisis de la política contemporánea

Gonzalo RESTREPO JARAMILLO

No se trata aquí de una crisis económica. Apenas si el fenómeno crematístico puede seguir colateralmente las evoluciones de la sacudida espiritual que experimenta el mundo. Hablamos de una crisis moral, de un choque de ideas, de un caos de sistemas. La humanidad se debate en el dolor de convulsiones que pueden significar el ocaso de una civilización o servir de augurio al alumbramiento feliz de una edad de oro.

Encontramos las teorías de Karl Marx como eje de la rueda vertiginosa. No deja de ser significativo que las tesis del judío que explotó más a fondo la interpretación materialista de la historia, sirvan de causa ocasional o real no a una lucha por superestructuras jurídicas basadas en hechos económicos, sino a otra por crear un orden jurídico a base de sentimientos morales. La tesis se refuta y destruye en las reacciones mismas que provoca.

Porque estudiados a fondo los fenómenos universales que hoy nos conmueven, se descubre que la construcción moral tiene en ellos mayor importancia que la organización económica. Es cierto que la batalla se libra entre el comunismo y el orden; pero no entre el capitalismo y la colectivización, entre la explotación del hombre por el hombre y la liberación del proletariado. Por algo es el Vicario de Cristo, soberano sin intereses económicos, blanco al mismo tiempo de las flechas que vienen de Berlín y de Moscú, y centro de la esperanza ecuménica de renovación.

La afirmación parece aventurada pero es cierta. Veremos cómo el comunismo ha evolucionado hacia las formas de un imperialismo *sui generis* y cómo no es ya el capitalismo liberal quien se bate contra él, sino

una concepción del orden moral, ajena en gran parte a la ideología burguesa.

Al instalarla en el poder, Rusia destruye la concepción pura del marxismo, y la destruye como dirían los franceses, "de fond en comble".

La base política del marxismo es la dictadura del proletariado y en Rusia no existe dictadura proletaria.

Lo que hay allá es una simple dictadura política de casta y lo que es peor, de casta aristocrática, exclusivista, cerrada, inabordable. No está gobernando en Rusia la masa proletaria, sino la selección alquitara-da del partido comunista, que día a día se devora a sí mismo, reduce su número, estrecha su círculo. Los grandes caudillos de la revolución, sus creadores y padres, los que sufrieron por ella persecuciones y cautiverios, van cayendo en grupos bajo los golpes de Stalin, o purgan en el destierro, como Trotsky el pecado de permanecer fieles a su salvaje credo.

Qué ha ocurrido en Rusia, qué se intentó hacer y qué se hizo? La revolución de Lenin tuvo por objeto instalar el marxismo puro. Ningún doctrinario más intransigente, más proselitista, más cerrado a toda concesión que el mongólico caudillo. La historia de su vida, antes de la ascensión al poder y después de ella, es no sólo la de una lucha a muerte contra el capitalismo, sino también la de una batalla sin tregua contra los contemporizadores socialistas. Fabianos ingleses, discípulos de Kautsky, mencheviques rusos, partidarios del verbalista Kerenski encontraron en los discursos y libros de Lenin, lo mismo que en su ejercicio de la autoridad, un mortal enemigo. Lenin quería instalar en el trono de los zares un marxismo sin mácula.

Ahora bien, si la esencia política del marxismo es la dictadura proletaria, ella no constituye su esencia doctrinaria; esa conquista implica apenas una condición de éxito pero no una finalidad en sí misma; la esencia económica consiste en la expropiación de todas las fuentes de producción a favor del estado, para repartir sus productos por igual entre unos hombres librados al fin de la odiosa separación de clases. El estado político proletario es apenas una transición, destinado según repetidas declaraciones de Lenin, a ser substituído por un orden jurídico distinto, en que el estado mismo sobra. Confesamos, de paso, no haber encontrado hasta ahora en los escritos de Lenin una definición o explicación satisfactoria de ese orden post-estatal que toma en sus obras, de ordinario tan categóricas, más bien el aspecto de una confusa aspiración futurista, que el de una concepción concreta. Pero nuestra afirmación es inobjetable ante las declaraciones de Lenin: el estado proletario es apenas un paso. Su función consiste en aplastar las fuerzas reaccionarias de la burguesía y sus aliados.

La transformación económica es lo esencial. Y tiene que serlo desde el instante mismo en que se parte de una interpretación materialista de la historia. El marxismo quiere suprimir la desigualdad económica en una nivelación implacable, en el sentido de mejorar la masa, pero la masa total, el conjunto humano íntegro. No puede referirse a una restauración del proletariado en detrimento de otras clases que ocuparán su puesto, porque esto equivaldría simplemente a cambiar los titulares del privilegio, sin destruir el privilegio mismo. El régimen marxista tiene que ser de igualdad absoluta o incurre en petición de principio y se convierte en una simple rotación de ciclos entre oprimidos y opresores.

Si en esto consiste la esencia económica marxista, su fondo filosófico radica en la supresión total de los valores espirituales. La lucha contra la religión no es un medio de suprimir fuerzas reaccionarias sino la aplicación de un postulado. La interpretación materialista no puede admitir y no admite un orden religioso porque hacerlo sería para ella caer en la Providencia. Lo espiritual y lo material como fundamento del mundo son contradictorios, ontológicamente antagónicos. Por eso es candidez considerar la irreligiosidad marxista como accidental. Es calidad intrínseca. El marxismo tiene que ser ateo o sería ilógico.

Conquistado el poder, era natural que Lenin intentara la aplicación total de sus teorías, sobre todo después que logró aplastar las reacciones de Denikine, Wrangel y Koltchak. Libre de oposición interna y de temores internacionales, el apóstol convertido en amo podía y debía aplicar su evangelio.

Pero no pudo. La Nueva Política Económica es la primera, última y trascendental transacción del más intransigente de los gobernantes. Lenin encontraba como Napoleón que hay una resistencia especial en "la fuerza de las cosas" y se doblegó ante ella, él, el indomable.

No podemos, sin embargo, deducir de ese hecho una objeción contra el ideal mismo de la revolución comunista. Lenin cedía tal vez porque el mundo no estaba maduro para su ideal; para no sacrificar el todo sacrificaba una parte.

Pero el fenómeno actual de la Rusia bolchevique—llamemos así, por concesión, el imperio de Stalin—sí nos suministra motivos de permanente reflexión.

Stalin adelanta su lucha contra el trotskismo, y el trotskismo representa el puro ideal marxista. No se trata ya de hacer concesiones temporales al capitalismo, mientras se consigue suficiente fuerza para su destrucción total, sino de aplastar a los más doctrinarios prosélitos de Marx. Trotsky no reniega del maestro judío sino que inculpa a la dictadura rusa haberlo renegado y Stalin fusila a quienes comparten la

inculpación. Es lo que se llama pura y simplemente una evolución de principios.

Lo que se pretendía hacer en Rusia ha sido arrasado por quienes estaban encargados de hacerlo y tenían la posibilidad material de lograrlo, como dueños absolutos del poder.

Qué se está haciendo en Rusia? Qué ocurre realmente en ese inmenso crisol donde creen algunos que se funde la civilización del porvenir?

Una inversión del antiguo régimen y una incipiente implantación capitalista con distintos titulares de las acciones. Rusia instaaura los sistemas que Marx denunció al capitalismo y padece de los mismos males que al capitalismo se le imputan.

La explotación del hombre por el hombre continúa en todo su esplendor. Pero al paso que los más exagerados regimenes capitalistas dejan al obrero la facultad y la posibilidad de cambiar de oficio y de patrón, el comunismo ruso se las niega. El campesino no sufre hoy la extorsión del noble, sino la del partido comunista, minoría proditoria que destruye y aniquila toda tentativa de independencia. El obrero de fábrica es hoy en Rusia más impersonal, más número de ficha que en cualquiera empresa de burgueses. No tiene derecho a la huelga, no puede cambiar de domicilio, no interviene para la fijación de su jornal. Llevado a la revolución en pos de una ideología que ofreció acabar con el régimen del salariado, es hoy tan asalariado como antes, sin que sus antiguos profetas lo entretengan siquiera con la promesa de que esa situación deprimente es temporal. El salariado bolchevique es nervio, raíz y condición esencial del régimen.

Los teorizantes marxistas criticaron a Taylor su sistema como aniquilador de la fuerza viva del trabajador, y Rusia lo resucita y refina bajo el nombre de stakanovismo.

El interés del dinero fue estigmatizado por el marxismo. El capital lucrativo, la renta perezosa, recibieron sus violentas censuras. Hoy Rusia levanta empréstitos—forzosos por cierto—y distribuye títulos de renta. Stalin, seguidor de Marx, heredero de Lenin, resucita el cupón de intereses, flor y nata de la economía burguesa.

Criticó el marxismo la sugestión ejercida por la instrucción oficial y sobre todo la religiosa sobre el espíritu de las masas. Había que independizar el pensamiento humano. Consideró que la instrucción era una empresa de conquista del proletariado por la burguesía. Y hoy en Rusia la instrucción no sólo es oficial, unilateral y cerrada a toda crítica, sino que la literatura misma debe canalizarse de acuerdo con las imposiciones del estado.

André Gide, en un libro vacilante porque se atreve apenas a en-

contrarse con la verdad sin abrazarse a ella, no puede menos de pronunciar sus lamentaciones de Jeremías marxista y de hugonote desengañado sobre lo que encontró en Rusia. Ante el dilema de renunciar a sus anteriores ideas que le conquistaron en Francia el apoyo del frente popular, o de renegarse mentalmente, opta por la solución transaccional de declarar que en Rusia no existe el marxismo, y que probablemente, cuando las circunstancias lo permitan, florecerá allá aquella edad de oro con que soñaba. (1).

Rolando Dorgelés, más franco, no sólo revela claramente su desengaño, sino que al regresar de Rusia se convierte en adversario mordaz e implacable del régimen soviético. Fue a aplaudir y regresó censurando; descolgó la pluma para un panegírico y escribió una catilinaria. Muestra cómo los salarios son inferiores a los de los países burgueses y aún a los de Rusia zarista. Entre sus descripciones tétricas, hay una que termina con frase que vale la pena de recordar. Refiere cómo encontró junto a uno de los kolkoses que los guías oficiales muestran a los turistas una joven misera que cubierta de harapos consumía su juventud y aplacaba el hambre con el doloroso comercio de su propia miseria, arrastrándose como alimaña perseguida de tugurio en tugurio sobre la que debía ser tierra paradisíaca de los proletarios. Y termina con esta anotación lúgubre: "En Rusia está prohibida la prostitución... pero no el hambre".

Pero no queremos en este ensayo hacer una crítica a fondo del comunismo, sino mostrar que el puro ideal marxista desaparece de Rusia.

Entonces, qué existe allá?

A nuestro modo de ver, la gestación sangrienta de un nuevo imperialismo, la formación de una nueva casta privilegiada.

Los primates del partido comunista y su inmediato séquito, empiezan a cristalizar en Rusia las formas esenciales de una aristocracia política. Claro está que en un régimen de advocación marxista, no pueden todavía unir al ejercicio material del dominio sobre sus semejantes las formas refinadas de la supremacía plutocrática. Es posible que el proceso ascendente de una futura evolución complete el repetido ciclo histórico y que los bienes de fortuna engalanen el privilegio del gobierno; pero en todo caso hoy no hace falta, ni siquiera desde un punto de vista capitalista, porque el dinero no se persigue por sí mismo en el mundo sino como instrumento de poder y disfrute y la aristocracia bolchevi-

(1) Después de publicada la primera edición de su "Regreso de Rusia", Gide se vio atacado con tal rudeza por sus antiguos camaradas, que resolvió publicar un apéndice en que ya sí se atreve a decir lo que antes calló y hace tremendo ataque al Soviet. Sirvale su experiencia para comprender que la verdad no es divisible y su desengaño aparte a otros de cobardes coqueteos con la demagogia.

qué posee en su hegemonía política un instrumento más perfecto—por lo incontrastado—que el dinero mismo para el logro de semejantes fines. Austero en medio de su crueldad, pudo negarse Lenin lo que no se ahorran sus continuadores: la satisfacción de todos los deseos. Los modernos bolcheviques empiezan a evolucionar en sentido contrario.

Fracasado en la práctica el ideal marxista, era forzoso que los amos del poder buscaran un nuevo rumbo para encauzar sus actividades. Todo régimen tiende por un proceso biológico a convertirse en sistema, y éste no puede subsistir sin una tesis que lo anime y fortalezca. La famosa interpretación materialista de la historia, tropieza así con el inconveniente de que cuando un fenómeno quiere perdurar, no puede apoyarse en simples consideraciones materiales, sino que está obligado a inventarse una mística, a buscar su permanencia en abstracciones de carácter absolutamente mental y por lo tanto espiritual. El hambre alcanza a explicar el trabajo de resultados inmediatos pero no la creación para el futuro. El hombre trabaja para el estómago pero construye para el espíritu.

Así el bolcheviquismo empieza a evolucionar en un sentido político, que es la negación de su propia esencia porque es un sentido imperialista de dominación y poderío.

Surgido de la explotación de una tesis internacionalista, Stalin empuña la antigua bandera de los zares, con todos sus símbolos ambiciosos de dominación sobre el oriente y el occidente. La nueva ideología bolchevique no es tan sólo de infiltración doctrinaria sino también de dominación política. Multiplicanse las obras militares y los ferrocarriles estratégicos en las fronteras lejanas de Manchuria; búscase un campo de batalla contra el Japón en la Mongolia exterior; el ejército rojo alcanza cifras y armamentos que no tuvo en tiempos de los Romanoff; comándanlo, en vez de compañeros proletarios, flamantes oficiales que roban a la vieja monarquía de los Capetos el título de mariscales; para mantener su primacía material, no vacila Rusia ante acuerdos más o menos abiertos con el más burgués de los pueblos: el británico.

Podría argüirse que todo el aparato de poderío ruso es sólo una preocupación de defensa para salvar la patria de los marxistas contra las acometidas de la reacción burguesa; y valdría el argumento, si la organización militar rusa se hiciera en un sentido defensivo; pero es una organización ofensiva, con toda clase de alianzas, conexiones y complicaciones internacionales.

Qué es entonces lo que Rusia construye?

Lo mismo que Italia y Alemania: un nuevo despotismo. La tesis socialista sirve apenas para disfrazar la negra realidad política. La dictadura proletaria se convierte en dictadura de casta, rematada en su cúspide

por una indiscutible dictadura personal. El marxismo, evangelio de liberación, se convierte en arma de opresión.

Un movimiento de simpatía por la restauración de prestigiosos valores morales, nos lleva a escandalizarnos a primera vista por la confusión bajo un mismo calificativo político: de la dictadura roja de Moscú y las blancas de Roma y de Berlín. Pero en un estudio como éste, que persigue la esencia política y no la modalidad accidental, el concepto de escándalo debe desaparecer. Conservamos la simpatía por el uso que Mussolini hace de su prepotencia, pero no podemos aceptar el sistema.

Advertimos que hablamos de la organización política de las tres dictaduras, no de su estructura social. En el último terreno se distinguen fundamentalmente las tres dictaduras, sobre todo la rusa de la italiana.

Pero el factor político es idéntico. En la base una nación sometida, sin posibilidad material ni jurídica de expresar su voluntad; en el medio, un partido único, con poder absoluto sobre la nación sometida; en la cúspide, un hombre solo, con autoridad sin límites sobre el partido único. Nadie podrá negarnos que en eso consiste prácticamente el esquema constitucional de Rusia, Italia y Alemania.

Pero hay otro punto de contacto, de identidad esencial: el esquema constitucional se aplica en los tres países al mismo fin, la prepotencia imperialista de la nación.

Y los tres incurren en un error de filosofía política que les es común: el estado como órgano creador del derecho, como origen causal del orden jurídico, no como reglamentador del mismo. Marx resulta renegado por sus prosélitos en este punto: su derecho, el de los materialistas históricos, surgía como una floración del hecho económico; el estado mismo servía apenas para cristalizar la estructura fatal surgida de las formas anteriores de producción y distribución de la riqueza; pero en la aplicación práctica moscovita, lo mismo que en la italiana y la tedesca, es el estado quien crea el derecho, con poderío tal que puede trastornar el orden económico y suprimir sus naturales manifestaciones. La lucha a muerte contra los kulaks, es una prueba palpable del derecho nacido de la ley y empleado como arma contra el hecho surgido de la economía. En este sentido, las tres dictaduras son más hijas de Hobbes que daba al príncipe la facultad de imponer hasta los dogmas, que de Hegel, del que heredan apenas la justificación del hecho violento por el éxito feliz.

Un sueño de dominación universal embriaga a los dictadores. El águila de las antiguas legiones, señora de la tierra; las cúpulas lejanas de Santa Sofía; el martillo de Thor.

Cabe aquí una observación que nos pone de nuevo en contacto con la afirmación inicial de que como eje de la rueda vertiginosa de la mo-

derna crisis encontramos a Marx. El viejo judío es padre legítimo de las tres dictaduras: la rusa surge como una tentativa para aplicar sus doctrinas; la italiana y la alemana como sistemas organizados para combatirlos. Cuando un pueblo pierde la fe en la libertad humana para garantizar el bien, no le queda más remedio que suprimirla para contener el mal. Mussolini y Hitler son los antilenines, pero dos fuerzas que se chocan implican apenas diversidad de dirección, sin que tengan que significar necesariamente disparidad de esencias.

Por otra parte, el estado totalitario, aunque se aplique a combatir el bolcheviquismo es en el fondo una concepción marxista. El hecho de que haya existido con anterioridad al Manifiesto Comunista en algunas épocas prueba apenas que el marxismo no es un sistema original. Pero si se acepta la interpretación materialista de la historia, si se niega la existencia de un orden ultraterreno, de un derecho abstracto, si se considera que la forma jurídica debe adaptarse necesariamente a la estructura económica, el estado—como órgano de poder—no puede admitir nada superior a sí mismo y se convierte en estado totalitario. En un escarceo hegeliano podríamos establecer este cuadro: el estado liberal individualista como tesis; la dictadura proletaria como antítesis; el estado totalitario como síntesis. Y como el estado totalitario dirige el hecho económico y estatuye el derecho, sería él, en última instancia, la sola forma capacitada para lograr en pro de Marx la estabilización de las conquistas proletarias, sin miedo a la evolución misma de la estructura económica.

Pero si afirmamos la influencia filosófica del marxismo en la aparición del moderno estado totalitario, su influjo político es más indiscutible aún. La Europa liberal del siglo XIX cayó en las dictaduras de derecha por temor a las de izquierda. Mussolini y Hitler serían inexplicables sin Lenin. En política existe como en biología, la vacuna, y la vacunación consiste en la aplicación de un germen virulento atenuado. Mussolini empezó por ser comunista y el nazismo por ser partido socialista. La marcha sobre Roma fue el epílogo de ocupaciones de fábrica sin cuya aparición no hubieran caído los regímenes liberales italianos.

Pero es tiempo ya de volver a la afirmación primera de este ensayo. Hablamos de una crisis moral, de un choque de ideas, de un caos de sistemas, porque creemos que en ambos campos, rojo y blanco, se ha perdido la brújula espiritual. La concepción marxista no puede curarse con un sistema que le es afín en primer grado, sino con una tesis antagónica. El materialismo no puede encontrar su antídoto en la deificación del estado, sino en el implantamiento del espiritualismo católico como eje del pensamiento social.

Tan persuadidos estamos de nuestro punto de vista, que tenemos la íntima convicción de que para implantar el comunismo en Alemania o

en Italia no habría que cambiar el sistema de gobierno sino el jefe. Todo el resto de la maquinaria puede ordenarse en sentido marxista con un simple cambio de dirección, no de estructura.

Al afirmar que se ha perdido la brújula espiritual no nos referimos sólo a los tiempos contemporáneos. Ella empezó a perderse desde mucho antes y el extravío definitivo se llama la Reforma Protestante, culminada como hecho político en la parte torcida de la Revolución Francesa.

Conviene recordar aquí cómo la parte más amenazada por la crisis revolucionaria moderna, la burguesía, es la principal responsable del extravío que criticamos. Fue una intelectualidad burguesa de universitarios y doctores, de clérigos renegados y de terratenientes, la que sostuvo y empujó a los señores alemanes en la herejía, y la que ansiosa de repartirse los bienes de la Iglesia estimuló los atropellos de Enrique VIII en Inglaterra; fue esa misma casta, olvidada de su misión, la que alimentó la guillotina y la impiedad en la Revolución Francesa; la que mantuvo en el siglo XIX el espíritu anticlerical, se deleitó en la ciencia sin fe, alardeó de libre pensamiento, coqueteó con el marxismo y hoy vuelve aterrada los ojos a todas partes, negándose en un raptó de orgullo que sobrevive a su miedo a reconocer que el único fanal que alumbra aún al mundo se enciende en la colina Vaticana. Sus pecados crearon el mal y el mal castiga sus pecados.

El hombre experimenta la necesidad de un poder superior e inapelable que arbitre sus últimas vacilaciones. En el orden espiritual se llama la silla de Pedro; en el temporal, el derecho como concepción permanente, como norma inflexible; pero si rechaza el poder en lo moral y no acepta el derecho en lo temporal, no le queda más camino que apelar a la dictadura. Alguien ha de decidir porque lo contrario sería el caos.

Mientras Europa reconoció la unidad católica jerarquizada, tuvo una base normativa para su pensamiento y su gobierno. Había un poder estable que fallaba todas las disputas desde el instante mismo en que tocaran con el dominio espiritual. La preponderancia del pontificado no era un fenómeno histórico accidental, sino la culminación lógica de un orden de ideas que conducía a subordinar el destino temporal al eterno. La sociedad civil se entendía en su doble carácter de medio de mejoramiento temporal y moral, y la supremacía de lo ultraterreno tenía que culminar en la hegemonía pontificia.

Al establecer el libre examen la reforma protestante rompió la unidad del pensamiento europeo. La vacilación humanista de Erasmo fue—a su pesar—el prólogo de la rebelión activa de Lutero.

Pero al entregar la Biblia a la libre interpretación de los creyentes rompióse no sólo la jerarquía espiritual sino también el eje mismo de la

autoridad política. Si el hombre es libre para interpretar la palabra divina, debe serlo a *fortiori* para criticar, valorar y rechazar la autoridad del estado. El Contrato Social estaba virtualmente contenido en las prédicas de los teólogos protestantes. Rousseau venía a ser la encarnación literaria de la tesis que nació en los cartelones clavados por Lutero en la iglesia de Wittemberg, la que contenía también, en germen, los volúmenes de pseudofilosofía que prepararon la Revolución Francesa, no en cuanto ella reivindicó una serie de derechos propios de la persona humana, sino en cuanto proclamó la soberanía irrestricta del pueblo y acabó con los fundamentos de la autoridad que el concenso de los hombres había dejado subsistir después de su naufragio teórico en el piélago del libre examen.

Negado el origen divino de la autoridad, un raciocinio más bien de carácter aritmético que filosófico nos lleva a radicarla totalmente en el pueblo, en la mayoría, en cuanto implica un mayor número de voluntades individuales. Pero en este sentido liberal de entender la democracia, todo, aún la decisión de lo moral, resulta sometido a la voluntad omnímoda del pueblo. Es la tesis de Hobbes, sólo que el príncipe se ha convertido en pueblo.

Pero el pueblo, cuando expresa su voluntad en un sentido de gobierno se llama el estado, y así, fatalmente, porque la lógica no puede renegarse ni romperse, el pueblo de voluntad omnímoda conduce al estado de voluntad omnímoda, es decir, al estado totalitario. Entre la democracia que propone, aprueba e impone una ley inicua y el dictador que a nombre del pueblo—y sostenido muchas veces por su mayoría—hace lo mismo, hay una diferencia modal pero no esencial. Que esa voluntad personal se ejerza para instalar el comunismo o para finalidades distintas, es asunto que no modifica el curso íntimo de nuestro pensamiento: llegaremos siempre a la consecuencia de que el estado es quien fija y determina el derecho.

Podemos cerrar aquí el raciocinio que ha venido filtrándose a lo largo de los últimos párrafos. Para que el libre examen no conduzca a la anarquía es preciso recortar su ejercicio con la aplicación de una voluntad soberana; y como la sociedad, so pena de suicidio que no le gusta cometer, no puede dejar que la devore la anarquía, resulta que en última instancia la tiranía popular o personal es una consecuencia natural del libre examen. Para que el contrato social no se rescinda, para que la sociedad no se disgregue, para que haya gobierno, se impone la tiranía. Dictadura proletaria, o fascista o demagógica, pero en todo caso dictadura, desde el instante en que destruída una norma infalible de verdad, no queda por encima del omnipotente estado entidad alguna que por derecho propio emprenda la restauración del orden jurídico.

He ahí, a nuestro modo de ver, la honda crisis de la edad que vivimos. Cómo remediarla?

Desandando el extraviado camino y buscando para fundar la concepción filosófica del estado la doctrina católica.

Como remedio para las dictaduras materialistas, debemos implantar una democracia con raíces espirituales, la democracia cristiana.

Este mundo ateo, concupiscente, lleno de odios, negador empecinado de los principios espirituales, debe emprender su camino de Canosa, debe decidir su regreso a Dios. Pero no un regreso vergonzante en el silencio de los hogares, sino un regreso ostentoso, el de la sociedad, el del estado, la implantación del principio ultraterreno como doctrina de derecho público.

La democracia por si sola no resuelve el problema. Las críticas que se le formulan tan comúnmente en los tiempos modernos, obedecen, sobre todo cuando vienen de pensadores católicos, a que la democracia liberal creyó haber resuelto los errores del pasado con la mera implantación del gobierno de mayorías libremente expresadas por medio del sufragio.

Pero esa tesis de gobierno tan simplemente formulada nada tiene que ver con la justicia y nada resuelve en el dominio moral. El número no constituye por sí mismo el derecho, la mayoría no justifica el error. Para atropellar los fueros del hombre resulta tan eficaz una mayoría de comicio como la voluntad de un déspota.

La democracia es un buen sistema de gobierno, siempre que se reconozca que la voluntad del pueblo está sujeta a una categoría de valores permanentes que se llama el orden moral. En esa forma se vuelve a la sabia definición de la ley como ordenación de la voluntad para el bien común, que mientras no llene tal fin puede ser mandamiento de hecho, imposición de fuerza, pero no ley verdadera. Ni el dictador imperioso ni el ágora vociferante pueden erigirse por encima del orden permanente.

Al sueño tieránico de Stalin, a la ambición imperialista de Mussolini, al pangermanismo de Hitler, es preciso oponer una concepción diametralmente opuesta de la autoridad y de la historia.

La historia no es un engranaje de ciclos económicos sino un camino providencial. La autoridad no es una voluntad de poder en ejercicio activo, ni una emanación del estado, ni un medio de aplastar las clases adversarias, sino el sustentáculo de la ley, legítimamente ejercida por quien ha sido legítimamente designado; y como la ley es una ordenación para el bien común, la autoridad sólo es tal y digna de respeto cuando a él se encamina. Pero en el sentido moral el bien no es una concepción tornadiza, modificable con el correr de los tiempos y el proceso evolutivo de las sociedades, sino la conformidad de la acción

con los principios intrínsecos que deben regirla. Políticamente, es la conformidad de la legislación y de la acción de gobierno con los fines legítimos del estado y los derechos inherentes al hombre. Es la tesis católica, proclamada sin ambages ante los sociólogos que se quitan respetuosos el sombrero frente a cualquiera realización científica aplicada, pero que se avergüenzan de arrodillarse ante Dios.

Naturalmente, quedan a la libertad del gobierno y a la conveniencia del estado, los múltiples sujetos y materias que siendo propios de la autoridad pública, no se relacionan directamente con los derechos morales del ciudadano. No proclamamos un estado místico, absorto en la contemplación espiritual de la vida, sino otro que dejando a salvo el tesoro moral, consagre sus fuerzas de aplicación inmediata al logro de ordenados bienes materiales. Nada tienen que ver la carretera con la moral ni el muelle con la teología, pero sí tienen que ver el régimen de la educación, las relaciones entre la Iglesia y el estado, la constitución de la familia, la definición misma del delito. Pero limitada la función de gobierno, delineados el campo de acción propio del estado y el de acción vedada, podrá la sociedad civil dedicarse con mayor tranquilidad a obras de fomento, que si tuviera que consagrar sus energías a apaciguar las tempestades que su desacordada intervención provoca.

Nuestra tesis implica una restauración del derecho como postulado trascendental, en la órbita que abarcan las actividades íntegras el estado, es decir, dentro y fuera de la nación. Infiltrarla en la conciencia humana, sería dar un gran paso hacia la paz, pues también en las relaciones internacionales la violación unilateral o recíproca del derecho determina la guerra.

Pero, qué queremos decir con la frase "restauración del derecho?"

Todo un programa de lucha contra el relativismo, el positivismo, el evolucionismo, el totalitarismo y los ismos todos que acongojan a la humanidad, y sobre todo contra el materialismo, porque la restauración del derecho es un postulado eminentemente espiritual.

El derecho puede ser reglamentado por el estado en interés del bien común, pero no puede ser creado ni suprimido por él. Como todo derecho supone la existencia correlativa de un deber, se desprende que al estado, como guardián de la juridicidad, le corresponde una triple misión: garantizar el derecho, imponer el deber, sancionar la violación.

Desde el instante en que el estado no puede crear el derecho, se acaba con una fuente de conflictos entre la autoridad y el individuo. Limite su función a los campos que le son propios y nadie podrá quejarse de que la autoridad interfiere con su conciencia; y como el estado debe al mismo tiempo imponer la obligación llamada deber y sancionar las violaciones del derecho, para restaurar la justicia, no puede tachár-

semos de propugnar un estado gendarme, sino que nuestro pensamiento conduce a una autoridad de intervención activa y eficaz, pero limitada y razonable.

Que el régimen económico sacrifica una clase en favor de otra, que oprime al débil y desampara al pobre? Eso significa que hay derechos no garantidos y deberes que no se cumplen, y por lo tanto se impone la intervención del poder público. Que, trastornado el panorama es la multitud organizada la que impone su voluntad, atropella el derecho de trabajo y coarta la libertad? Intervenga también el estado. Que es preciso señalar hasta dónde alcanza la propiedad y dónde empieza a recortar su ejercicio la pública utilidad? Defínase legalmente el asunto, conforme a justicia, pero no se deje la solución del problema al capricho omnipotente de la autoridad.

Que pretenden algunos monopolizar la enseñanza? Recuérdese entonces a la engreida potestad pública que el derecho del padre de familia es anterior en el tiempo y superior en el orden. Y así, en un caso y en otro, búsquese siempre una norma inmutable de derecho, un principio filosófico, lo que pudiéramos llamar un teorema jurídico para limitar las zonas y eliminar el conflicto.

En el terreno internacional, si que es precisa la afirmación del derecho como entidad independiente del capricho humano. Supieran y practicasen las naciones que su voluntad de poder está limitada por una serie de valores morales, y esa simple noción, convertida en canon de vida, haría más por la paz que las flamantes conferencias internacionales y la manida sociedad de las naciones, donde diplomáticos profesionales entretienen la credulidad de las gentes, mientras se espían mutuamente en medio de comilonas y saraos.

Porque destruida la tesis espiritual, la tesis jurídica, se impone la materia con el poder absurdo de su peso. El mundo va a convertirse en dominio de los más audaces, los más fuertes, los más despiadados. Ay de los débiles!

Cabe aquí una observación sobre las tesis de Marx, que no suelen meditar suficientemente sus amigos ni sus opositores, y es que el materialismo histórico tiende a destruir el socialismo en su aspecto de liberación proletaria.

En efecto, si se niegan las finalidades ultraterrenas y la existencia de Dios mismo, si se afirma que la estructura jurídica es un mero resultado de la económica, nada hay que lleve a considerar como malo el que un grupo de hombres intente destruir la constitución económica para cambiar en su provecho la jurídica. Es simple cuestión de capacidad, de posibilidad material. Ahora bien, enseña la historia que no son las mayorías multitudinarias sino las minorías inteligentes las que acaban

por triunfar. Una vez dueñas del poder, qué podrá alegarse para criticar su dominio, por más que se traduzca en opresión, dolor y agonía de muchos? Nada, absolutamente nada. El hecho de que los triunfadores sean pocos y muchos los oprimidos es una cuestión sin importancia. Si el número no da derecho por sí mismo dentro de una filosofía moral, mucho menos puede darlo en el seno de una afirmación materialista. El hecho se convierte en derecho, el resultado se justifica a sí mismo. Todo lo posible se vuelve moral. Lo que es, es justo. La esclavitud es buena todo el tiempo que el dueño de esclavos sea capaz de mantenerla.

Para censurar el abuso material, para pedir lógicamente su represión, es preciso poseer una noción trascendental sobre lo que constituye la justicia. Todo lo demás es perderse en el laberinto, anegarse en el piélago.

La crisis de la política contemporánea es una crisis de orden moral, que radica en el imperio de una tesis materialista. Marx ha negado el espíritu y el espíritu es lo único que puede redimir al mundo. La más profunda y trascendental acometida que haya recibido la civilización occidental desde los tiempos de Cristo, la encabeza el judío siniestro que logró sistematizar en una obra pesada pero demoledora cuanto fermento de disolución habían ido acumulando la filosofía y la historia. Lo peor de su empresa, es que los mismos adversarios de su doctrina se impregnan de ella, sin comprender que seguir al materialista a su propio campo es entregarse a la perfidia de sus armas.

Sólo una inyección de espiritualismo cristiano puede conducirnos otra vez al perdido camino. La refutación de Marx no se encuentra en el hecho económico, en el análisis helado de los fenómenos crematísticos, sino en el puro dominio del espíritu. El mejoramiento material de las clases desvalidas sólo puede encontrar base sólida si se apoya en postulados morales. Lo demás, el término medio, la contemporización con el materialismo, lleva tan sólo a una rebatiña de frágiles reformas para sobornar con ellas las masas proletarias, sometiéndolas al final del proceso al dominio sin alma de una nueva tiranía. "Según marchan las cosas en la Rusia Soviética, afirma Gide, podemos asegurar que dentro de breve tiempo renacerán los defectos del régimen capitalista, sin ninguna de sus ventajas". Y será posible que para obtener semejante resultado se derramen torrentes de sangre y se conduzca el mundo a una catástrofe bélica sin precedentes en la historia? O será justo que para desarmar al monstruo moscovita, los restauradores del derecho humano empiecen por suprimirlo y por oponer al estado colectivista un César totalitario?

No lo creemos.

Admitimos la represión sangrienta y la supresión de las garantías

como un recurso accidental pero no como una doctrina política. Tenemos la convicción de que en el mundo sólo permanece lo que se funda sobre un equilibrio estable y no sobre la contención violenta. La playa natural es un límite perenne, el dique un artificio que acaba por fatigarse. La playa perdura, el dique se rompe.

Porque el mundo empieza a comprenderlo, asistimos hoy a un hecho indiscutible, que habría parecido inverosímil a los librepensadores del pasado siglo: la creciente importancia de la palabra pontificia. Ya no habla Pedro sin que el mundo escuche. Y Pedro es la negación completa de la fuerza, y la afirmación absoluta del espíritu.

